



Mis grandes amigos y queridos hermanos:
nos:

ALOCUCION

dirigida en la

NOCHE BUENA DEL AÑO DE 1895

á los pobres que trabajan en el muladar
de la ciudad de México.

La pobreza que se manifiesta en la
ciudad de México es un flagelo que
debe ser combatido por todos los
ciudadanos.



Mis grandes amigos y queridos hermanos:

AMÁS había tenido la honra de hablar desde tribuna más alta, ni de dirigir la palabra á una asamblea más elevada ni más digna, mucho más que si lo fuera de reyes. Me dirijo en esta noche, la más grande y solemne en la serie de los tiempos, á vosotros los pobres del muladar, los que vivís de las basuras: á vosotros los pobres de los pobres, es decir los predilectos del Señor, los aristócratas de la miseria, los que sois mártires sublimes de un instante, para llegar muy pronto á trasformaros en los inamovibles potentados de la eternidad.

La pobreza, que considerada á la luz vacilante y escasa del mundo es el compendio aterrador de todos los dolores humanos,

contemplada á la vívida é indeficiente luz del cielo se convierte en el más rico é inagotable de los tesoros. Llevada la pobreza con paciencia es el perenne prodigio que trocará las de espinas en coronas de estrellas, y en manto de espléndida púrpura los miserables harapos.

Tiene que ser verdadera nuestra religión que ha santificado la pobreza, porque sólo siendo divina, pudo atreverse á llamar á la faz de todos los grandes y dichosos de la tierra, bienaventurados á los pobres.

¡Qué dura es la pobreza para el cuerpo y para el alma!

En esta cruel estación de frío hace crujir las carnes cuando no tienen abrigo. El hambre tenaz é implacable, abate y quebranta el cuerpo hasta que lo hace desfallecer. No tener techo centra la intemperie, casi hace inferior la humana á la suerte de las fieras, que encuentran sus cubiles al menos, en el fondo de los desiertos y en la espesura de las selvas. Estar desnudo es una vergüenza y un dolor. Para las enfermedades del pobre no hay remedios ni consuelos: no tienen distracción sus tristezas, ni treguas sus amarguras. La pobreza es

el martirio lento é inacabable de todo el cuerpo.

Y son más acerbos los dolores que la pobreza hace sentir al alma. El trabajo, esa esclavitud ineludible á que nacemos destinados todos, tiene cadenas muy pesadas para el pobre; quizás sea más dolorosa que la dura fatiga con que adquiere el mermado jornal para sustentar la vida, la insolencia de la mano cruel que se lo paga, arrojándolo como si fuera una limosna, cuando debiera presentárselo de rodillas como quien tributa á la justicia.

El corazón humano está formado para amar. La del amor es la sola atmósfera en que pueden respirar las almas, el solo aliento propio de seres inteligentes y libres. Sin amor el corazón humano moriría de asfixia. Nadie hay que no ame á alguien sobre la tierra. ¿Quién no tiene padres ancianos ó hijos pequeñuelos á quienes sustentar? ¿Un hermano en desgracia ó algún amigo desvalido á quien socorrer? ¿Una esposa querida, mitad de nosotros mismos, una hija, depósito el más sagrado y tierno que pueda confiarnos Dios? No poder darle ni un báculo al padre anciano en que apoye sus últimos

pasos sobre la tierra, ni un andrajo á la hija con que cubra su inocencia, ni una fior á la mujer santamente amada con que pueda adornar sus enmarañados cabellos, es el más angustioso tormento de la pobreza. No tener qué dar, es el supremo y más sublime sacrificio del pobre.

El pobre que lo es con resignación, es un héroe, un mártir y un santo. Pero Dios que es todo amor, para que el pobre no desfallezca en su camino de abrojos y pueda rendir con aliento su abrumadora y fatigosa jornada, le ha dado desde ahora y como una prenda del galardón que para después le guarda, los dos más grandes tesoros de su bondad infinita: la paciencia, que trueca en delicias los dolores; y la esperanza que torna ligero todo fardo, que á los reflejos de su luz inmortal, empequeñece todo lo de aquí y hace esplender en toda su grandeza lo de allá.

¡Si el pobre pudiera comprender, cuán grande es el dón que con la pobreza ha recibido del cielo, se moriría de júbilo!

Ser pobre es ser predestinado, es pagar desde la tierra la expiación de nuestras miserias para entrar sin deudas á la eternidad;

estar divisando desde aquí abajo el radiante trono que le espera allá arriba para reinar eternamente al lado del Juez inmortal de los siglos. No alcanzan la inteligencia ni el amor humanos, para comprender el valor inmenso de ese diamante purísimo, de ese incomparable tesoro, que en nuestro ruín lenguaje llamamos pobreza, y sólo deberíamos denominar el más seguro sendero de la eternidad feliz y la llave maestra del paraíso.

Dios es muy rico. Es suya toda la tierra, con todas sus minas y sus frutos, con todos sus montes y sus mares. Son suyos el radiante sol, esa luna, cuya apacible luz nos está alumbrando, y todos esos astros incontables que cruzan el inmenso firmamento. También son suyos los cielos con todos los ángeles y santos que los pueblan. ¡Asombros! ese Dios infinitamente rico, al hacerse hombre, sólo uno escogió para sí entre todos sus tesoros: la pobreza! Siendo dueño de todos los tronos, prefirió nacer en un pesebre; tuvo frío, y apenas tuvo pañales con que envolver sus adorables carnes.

Desde que el Verbo Humanado quiso nacer en un establo, ganar el pan con el sudor de su rostro y no tener donde reclinar

su cabeza, quedó tan dignificada y santificada la pobreza, que toda frente pensadora y noble tiene que inclinarse con respeto ante la augusta majestad de la miseria honrada.

Pobres, primicias de la Redención, primogénitos de la familia cristiana, hijos predilectos de nuestro padre que está en los cielos, ya que tan opulentos sois en gracias y tanto valéis ante el acatamiento del Señor, tened á vuestra vez compasión de nosotros los mendigos del alma, y dadnos una limosna por amor de Dios! No nos olvidéis por piedad en vuestras oraciones, y los que lleguéis de vosotros antes que nosotros á la eternidad, rogadle al Señor que en el día tremendo de su justicia no se acuerde al juzgarnos más que de su misericordia; que nos perdone al ver nuestro pedazo de pan en vuestras manos, al escuchar todavía en vuestro oído el eco de nuestras sinceras palabras de consuelo y al encontrar en vuestros corazones los más tiernos afectos de nuestro amor.

Rogadle ahora y entonces, que nos ponga del lado de los benditos de su Padre. ÉL lo tiene dicho y primero caerán el cielo

y la tierra, que deje de cumplirse ni un ápice de su palabra eterna: "*Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; estaba desnudo y me vestisteis*"

